desconocido de la dispersión y la secreta vida heroica". Concibe en visión iniciática los azares de la historia: travesía de un oscuro laberinto donde sobreviven pruebas cada vez más duras. Sólo si la poesía hubiera logrado insertarse en la historia (remoto sueño romántico) habría podido la historia volverse, como la poesía, revelación oracular. Al principio de 1960 prevalece todavía ese sueño: "comenzamos a vivir nuestros hechizos y el reinado de la imagen se entreabre en un tiempo absoluto" (*Preludio a las cosas imaginarias*) y "La Revolución Cubana significa que todos los conjuros negativos han sido decapitados". Obsesionados por el afán de integración, por la trasmutación incesante de vida y poesía, la imagen de Eros preside su cosmogonía y la amenaza entrópica es el enemigo siempre acechante. Antes de 1959 en la precariedad irrisoria de una polis y una cultura endebles, casi inexistentes; después de 1959 en la proliferación de una llaga totalitaria igualmente peligrosa en tanto que borra singularidades, desconoce matices y puede llegar a recubrir la soberanía siempre múltiple de la imagen poética con una opacidad mucho más vecina de la muerte que de la vida.

Su secreta hazaña heroica fue justamente emprender el viaje hacia los orígenes, más allá de cualquier obvia escisión política de superficie y de cualquier trivial corte entre vida y poesía. Nada o casi nada había detrás: de un hueco de cultura y de historia tenía que germinar un territorio señoreado por el verbo. Alguna vez ha aludido Cintio Vitier al sistema poético de Lezama como "sobreabundancia de sentido del ser". Basta recorrer las cartas con un mínimo de buena fe para adivinar que la incurable melancolía de sus últimos años no sólo procedía del patético desmembramiento familiar sino, precisamente cuando había creído vislumbrar la estrella anunciadora de prodigios, de la inquieta y perturbadora advertencia no de germinaciones sino del cegamiento de aquella sobreabundancia.

Mucha presencia de México hay en la correspondencia: una visita de Juan García Ponce, una lectura simpática de la poesía de José Carlos Becerra, ecos de *Diálogos* y de *Plural*, de Ramón Xirau y de Octavio Paz. Agradece un inteligente estudio de Xirau sobre su obra y se conmueve con un mensaje de Paz, inscrito en una tarjeta que acompaña el envío de una antología de poesía mexicana: "Leo *Paradiso* poco a poco, con creciente asombro y deslumbramiento... el mundo lento del vértigo que gira en torno a ese punto intocable que está entre la creación y la destrucción del lenguaje, ese punto que es el corazón, el núcleo del idioma... Una obra en la que usted cumple la promesa que le hicieron al español de América Sor Juana, Lugones y otros cuantos más." Y, sin transiciones, la solicitud a las hermanas de Dyspne Inhal, el remedio para el asma cuya falta le produce tan constante inquietud.

Un breve árbol genealógico que parte de los abuelos y una foto de tres mujeres en un balcón habanero —la madre, las hermanas— tras las cuales

Poema

Eduardo Milán

Poca cosa en el mundo con utilidad
todavía: la luna, María. Una
sobre otra con su luz vacía, el cuarto
menguante cada vez con menos cosas, los
muslos menguantes cada vez con menos manos, el
óvalo del rostro que rueda por la sombra. "Espérame
un año y verás: será distinto por la estrella el
destino". Luna de estío, estilo de brillar barroco, el
hueco de la noche se hace día, dices. Pero lo que no
dices y tal vez deberías es que no hay talismán que
frene el maleficio de no estar contigo, aquí
en la maleza de sonidos voló el ave que consuela.

[*Vuelta* núm. 175, 1991]